La virgen no ha sentido sino un impulso que acabó por dominarlo todo: ocultarse, huir de los hombres, olvidar á las criaturas, encontrar un apartado rincón, una soledad, una casa cerrada, donde lo olvidará todo, y donde olvidada no vivirá más que para Dios.

He aquí cómo entra en el convento de la Visitación. Era el 20 de Junio de 1671.

Dos meses después tomaba el hábito. Diez y siete meses más tarde, extendíase sobre ella el paño mortuorio y se levantaba radiosa; porque entre ella y los hombres todo había acabado para siempre: la tumba se había sellado.

CAPITULO IV

EL MONASTERIO DE PARAY

(1671)

Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.

Levántate, sal de la sombra, ¡oh, Paray!, porque he ahí que viene la que será tu luz, y ya la gloria de Dios se ha alzado sobre ti.

(ISAÍAS, LX, 1 y 2.)

Cuando sonó la hora, las puertas del santuario se abrieron, y el Rey de amor, entrando en el querido monasterio de Paray, introdujo allí á la amada de su corazón.

(AÑO SANTO, 1, pág. 746.)

CUÁL era, pues, ese monasterio hacia el cual dirigía Dios á nuestra bienaventurada, y que iba á ser el teatro de tan estupenda maravilla? ¿Qué almas iba á encontrar allí? ¿Qué tradiciones y qué virtudes? ¿Qué corrientes de fe, de fervor y de vida religiosa [1]?

1 Es una costumbre en la Visitación que cada monasterio escriba de tres en tres años una *Circular* dirigida á todo el Instituto. En esa Circular se da á conocer desde luego todo lo que ha acaecido de particular y especialmente de importante en la casa. Después se refiere la *vida* de todas las hermanas que han muerto durante aquellos tres años.

Desde luego se ve la importancia de tal documento. Es toda la historia de un monasterio, la historia general de la comunidad y la historia

Era el tiempo en que la orden de la Visitación, abandonada hacía apenas treinta años por la grande alma de la Venerable Madre de Chantal (1641), sacaba en las recientes fiestas de la canonización de San Francisco de Sales fuerzas nuevas, y continuaba cubriendo el mundo con sus piadosos y solitarios asilos.

Cada año veía abrirse para las almas fatigadas de la tierra y sedientas del amor divino nuevos monasterios. En 1642, Villefranche, Verceil en Italia, Montbrison, Agen, Avignon, el segundo de Rouen; en 1643, Salins, Montélimar, Limoges; en 1644, Issoudun, Castellane, Vienne y Tulle; en 1645, Saint-Marcellin y Soleure; en 1646, la Flèche, Avallon y Dole; en 1647, Toulouse, Chartres y Saumur; en 1648, Loudun, Bourbon-Lancy, el segundo de Grenoble; en 1649, Compiegne y Clermont; en 1650, Abbeville y Mons, en Hainaut; en 1651, Chaillot, Seissel, Aurillac y la Rochefoucauld; en 1652, el segundo de Marsella y el segundo de Aix; en 1653, Saint-Amour y Langres; en 1654, Varsovia, en Polonia; en 1657, Arone, en Italia; en 1659, Auxerre, Aleçon y Brioude; en 1660, Thiers y el tercero de París; en 1663, Bourg, Saint-Andeol y Monaco; 1664, Nimes; en 1665, Saint-Remo; en 1667, Bruselas y Munich; en 1669, Módena y la segunda de Niza; por último, en 1671, Roma.

Una vida inagotable corría del sepulcro cerrado apenas de la madre Chantal; y si sus primeras hijas, las que habían oído su poderosa palabra, habían ido á juntársele en aquella mansión de la luz, por la cual habían suspirado tanto en la tierra, dejaban en pos de sí almas formadas por sus manos, herederas de sus virtudes; y aun algunas de ellas que habían alcanzado á entrever todavía los rasgos venerables, el rostro ya transfigurado de su santa fundadora.

particular de cada hermana. Hemos registrado por lo mismo y con el mayor cuidado las circulares todas de Paray en la época de que vamos hablando; y con tan preciosos documentos, vamos á escribir este capítulo y á ilustrar en los siguientes una multitud de cuestiones obscuras. (Véase la nota II.)

Entre todos esos piadosos retiros, el de Paray en Borgoña recomendábase por su antigüedad y su fervor.

Aquella pequeña ciudad de Paray, reclinada en un valle encantador, rodeado de montañas, atravesado por frescas y cristalinas aguas, sombreado por los más bellos platanares del mundo, descansa al pie de una antigua basílica que San Hugo mandó construir en el siglo XI, para ensayar el plano que debía servir á la construcción de la colosal iglesia de Cluny [1].

Nacida al soplo de los monjes, y por esto llamada Paray le-Monial, y habiendo crecido bajo el gobierno paternal de los abades, ha conservado hasta el día una dulzura de costumbres, una nobleza y distinción de maneras, una amenidad y una piedad que la desgracia de los tiempos no ha disminuido. Un instante, es verdad, el protestantismo apareció allí; pero no fué, como en toda Borgoña, sino una sorpresa de que bien pronto se repuso, y, recobrando su fecundidad pasada, queriendo

1 San Hugo, Abad de Cluny, nació en 1024, murió en 1109 é hizo comenzar la iglesia de Cluny, en 1089. Algunos arqueólogos piensan que la iglesia de Paray, menos antigua que Cluny, es acaso una reducción de la iglesia de este nombre. Yo me inclino á creer que es un ensayo. La Edad Media hacía pocas reducciones, trabajo de unas épocas en que el aliento se va y la originalidad falta. Aquella edad hacía ensayos, y este era particularmente el uso de la orden benedictina. Se podía citar por ejemplo á Germiny, cuya pequeña iglesia contiene en germen á la magnífica iglesia de San Benito.

reparar sus brechas, apresuróse á construir á la vez un convento de ursulinas para educar á sus hijos, un hospital para cuidar de sus enfermos, una casa de padres Jesuítas para volver á atraer á Jesucristo, y por último, un monasterio de la Visitación para recoger el precioso bálsamo y los delicados aromas de la piedad. Así fué cómo en pocos años aquella reducida población que no contaba entonces sino de cuatro á cinco mil habitantes á lo sumo, tuvo una de esas vivas explosiones de fe y de caridad que darían honra á las más grandes ciudades.

Las hermanas de la Visitación llegaron á Paray el 4 de Septiembre de 1626, y desde 1642 su monasterio se hallaba enteramente construido de nuevo en una hermosa llanura situada al Oriente. Se le puede ver aún hoy en toda su primitiva sencillez, porque no ha cambiado. Son cuatro grandes cuerpos de construcción unidos entre sí, con un patio en medio. Un claustro reina bajo de aquellos, y abre sus vastos arcos hacia el patio, en medio del cual se halla la fuente tradicional y simbólica. A lo largo de los muros, que son de extremada blancura, y en el arco formado por el nacimiento de las bóvedas, léense todavía las sentencias que San Francisco de Sales había recomendado se escribiesen por todas partes, para que no se pudiese alzar los ojos sin encontrar un pensamiento para el espíritu y un alimento para el corazón. Las salas de comunidad, la capilla, la sacristía, el noviciado, el refectorio, ábrense bajo aquel claustro, y dos escaleras colocadas en los ángulos conducen á las celdas que están en el primer piso. La de la Bienaventurada subsiste aún. Se la ha convertido en capilla; pero yo la he visto todavía en su primitivo estado: estrecha, blanqueada de cal, sin más muebles que una cama, una mesa y una silla; sin más adornos que un crucifijo de madera y una estampa del Sagrado Corazón. Las demás celdas son semejantes á esta: sencillas, pobres y limpias. Vastos jardines sombreados de estatuas y capillas cubren todo el monasterio de verdura, de silencio y de paz. El paso de la santa ha añadido sin duda á todo ese bello conjunto un perfume que no tenía, y ha hecho de él como un relicario todo lleno de los vestigios sagrados de Nuestro Señor. Pero desde aquella época no se podía dar allí un paso sin respirar la paz, el fervor, el olvido de los hombres y la presencia de Dios.

En 1671, cuando la Bienaventurada llegó allí, el monasterio estaba gobernado por la venerable madre Jerónima Hersant, que terminaba su sexto año de superiora. La madre Hersant pertenecía á la Visitación de la calle de San Antonio de París, donde había tenido por maestra á la grande y santa madre Lhuiller. Muy joven aún, había podido abrir su corazón y hacer conocer su alma á la venerable Madre de Chantal, y durante veinte años había tenido por director á San Vicente de Paul [1]. Con tal escuela habíase hecho una santa, y además había aprendido esa ciencia del gobierno y ese arte de manejar los espíritus que, juntamente con la más sólida virtud, había proporcionado al monasterio de Paray cinco años ya de progreso y de fervor. Cierto es que ella estaba á punto, habiendo casi concluido sus seis años de superiora (1666-1672), de dejar á las hermanas de Paray y regresar á París; pero de sus manos el gobierno iba á pasar á otras no menos fuertes ni menos tier-

1 *Año Santo*, I, p. 745.

nas: á las de la madre Saumaise, que había venido de Dijón, la cual, después de haber gobernado el monasterio durante seis años (1672-1678), dejaría el lugar á la madre Greyfié, que vino de Annecy (1678-1684). Como si en esta Visitación de Paray, donde vamos á ver tan bellas virtudes, vocaciones tan extraordinarias, tan grande amor á las reglas, tan vigorosos alientos, la humildad, más fuerte que todas las demás virtudes, no permitiese á las religiosas de Paray creer que estuvieran en estado de gobernarse ellas mismas, ó que el fervor las llevase á buscar en los primeros monasterios del orden, en Annecy, en París, en Dijón, las superioras más capaces de mantenerlas y hacerles adelantar en el verdadero espíritu de la Visitación. Digamos, para subir más alto, que Dios, que iba á llevar á aquel claustro una maravilla tan rara de la gracia y por su medio á completar la Visitación, la obra de San Francisco de Sales y de la santa Madre Chantal, quiso llamar allí, para dirigir á la bienaventurada, á las más eminentes superioras venidas de los tres monasterios en que vivían las más fuertes tradiciones y los más profundos recuerdos de los santos fundadores.

La maestra de novicias en cuyas manos iba á ser puesta nuestra bienaventurada, era una venerable anciana que llevaba cuarenta y cuatro años de vida religiosa, y cuya vocación se enlazaba con los orígenes mismos de la Visitación de Paray. Su padre, M. de Thouvant, había sido uno de los dos fundadores del monasterio, y ella fué la primera de las jóvenes de Paray que tomó el velo. Contemporánea de las ocho religiosas que la madre Blonay había enviado de Lyón para hacer la nueva fundación, y que eran "agraciadas por Dios tan

extraordinariamente con una obediencia á toda prueba, con un don de oración tan sublime, y, en fin, con un olor de virtud tan poderoso, que el pueblo cortaba sus vestidos para guardar pedacitos como reliquias„, aún no había terminado su noviciado, cuando la santa Madre Chantal llegó al monasterio. La santa vió á la joven novicia, que apenas contaba diez y seis años, y conociendo en una luz profética lo que vendría á ser un día, púsole la mano en la cabeza para bendecirla, recomendando mucho que se tuviera de ella gran cuidado y se moderase su fervor, y en particular que no se le permitiese sino media hora de oración hasta los diez y ocho años, por temor de que una aplicación demasiado grande perjudicase á su salud, añadiendo que preveía que por sus virtudes y su buen juicio prestaría eminentes servicios á la casa.

La profecía de la santa acababa de realizarse; porque, después de haber gobernado durante doce años el monasterio de Paray en calidad de superiora, de 1645 á 1651 y de 1657 á 1663, después de haber formado á la mayor parte de las religiosas en calidad de maestra de novicias, dotada de una oración elevadísima, de una tierna devoción á Nuestro Señor y de un profundo conocimiento de las almas, iba á terminar su fecunda carrera formando para la vida religiosa á la bienaventurada Margarita María.

Bajo el gobierno de la venerable madre Jerónima Hersant, bajo la dirección ilustrada de la piadosa hermana de Thouvant, el monasterio de Paray crecía rápidamente. Veíanse ocurrir allí y refugiarse en el claustro á costa de los mayores sacrificios, y después de haber encontrado las más dolorosas resistencias, una mul-

titud de jóvenes pertenecientes á las primeras familias de Borgoña: Catalina Antoinette de Levis-Chateaumorand, por ejemplo, que retenida en el mundo por la ternura de su madre, y habiendo permanecido en él hasta su muerte, derramó con tanta liberalidad los tesoros de su gran fortuna en el país que habitaba, que cuando se supo su designio de entrar en religión causó la noticia una alarma general y los principales resolvieron oponerse á su salida y detenerla en el camino [1]; María Jacinta Courtin, "tan notable por su belleza como por su virtud, y que fué perseguida hasta en nuestros locutorios por sus pretendientes„ [2]; María Teresa Basset, de una de las más ricas familias de Roanne, que vió á los que aspiraban á su mano batirse en duelo, y al más querido de ellos muerto por otro que estaba celoso de la preferencia que ella le demostraba; herida en el corazón por aquel golpe, vino á olvidarlo todo y á consolarse en el amor de Aquel á quien no se nos puede arrebátar [3]; Magdalena de Vichy-Chamron y d'Amancé, que no vino á la Visitación sino después de haber rehusado el cargo de abadesa que le ofrecía monseñor de Villars, Arzobispo de Viena [4]; seráfica de la Martiniere, que detenida á pesar suyo en el mundo por la ternura de sus parientes, cayó por ello tan enferma que casi parecía un esqueleto; concluyóse por dejarla entrar, y "el ardor de su fiebre cedió al ardor del amor divino que la llevaba al Esposo celestial„ [1]; tantas otras, en fin, como las damas de Coligny, las d'Amanzé, la Varenne de Gletin, las d'Atose, las Desescures, á todas las cuales vemos agruparse en torno de la bienaventurada Margarita; podían esperarlo todo del mundo si se hubiesen dignado de darle su corazón; que rehusándoselo habrían podido al menos, puesto que querían ser religiosas, alcanzar báculos de abadesas ó llevar cruces pectorales de canonesas; pero que abandonábanlo todo, atraídas por la humildad, la pobreza, y el fervor del apartado retiro que San Francisco de Sales y la santa Madre Chantal acababan de abrir "á los grandes corazones y á las pequeñas saludes„. Presentáronse también muchas de aquellas personas del gran mundo, que no juzgaban descender demasiado si al hacerse religiosas no se abatían hasta el grado de hermanas domésticas; Francisca Angélica Delamettrie, por ejemplo, ó Claudia Francisca Chappui, nieta de M. De-Marselison, de una riquísima familia del Charolais. "Todas las instancias de sus parientes no fueron parte á impedir que tomase en Paray el velo de las hermanas conversas ni á lograr que en el fin de su vida se hiciese hermana de coro. Declaró resueltamente que quería morir con su velo blanco [2].

Precisamente porque aquellas jóvenes pertenecían á grandes familias y porque tenían grandes corazones, las pruebas del noviciado eran extraordinariamente fuer-

1 *Compendio* de la vida y de las virtudes de nuestra piadosa hermana de Levis-Chateaumorand (sin fecha).

2 *Circular* de Paray, 23 de Marzo de 1725. Compendio de las virtudes de doce de nuestras queridas hermanas que han muerto en el monasterio de Paray desde el 9 de Septiembre de 1719.

3 *Circular* de Paray, 17 de Diciembre de 1717. Compendio de las virtudes de nuestra honorabilísima hermana María Teresa Basset.

4 *Circular* de Paray de 20 de Febrero de 1738. Compendio de la vida y virtudes de nuestra honorabilísima hermana Magdalena Victoria de Vichy de Chamron.

1 *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

2 *Circular* de 18 de Abril de 1713.

tes; cincuenta años después su recuerdo hacía todavía temblar. "Como no se perdonaba entonces prueba alguna, dice la hermana que cuenta la entrada en religión de Rosalía Verchère, descubrió toda la generosidad de su alma [1]."—"Su gran piedad hizo que se la recibiese con alegría en el noviciado, escriben hablando de Francisca Margarita de Athose; ella sostuvo sus pruebas que eran fuertes por aquel tiempo, con un fervor que le mereció tomar nuestro santo hábito [2]."—Su valor intrépido, asegúrase de María Catarina de Chailloux, devoró, por decirlo así, todo el rigor de aquellos primeros tiempos, y se entregó á todos los ardores del santo amor en medio de las rígidas pruebas que se hacían entonces [3]."—"Se puede decir de Catarina Heuillard que ha llevado á la tumba el fervor de su noviciado, no habiendo jamás tenido que reprenderle sino que hacía demasiado y cosas que eran superiores á sus fuerzas [4]." Palabras semejantes encuéntranse en todas las páginas de los manuscritos que cuentan los orígenes de la Visitación de Paray.

Y ¿cómo el noviciado no había de tener aquel carácter de austeridad, la santa y generosa consagración á los rigores del amor divino, cuando las hermanas profesas tienen todas ese carácter? De ello acabamos de ver buenas muestras. Sería preciso contar la historia de cada hermana para dar la verdadera fisonomía de aquel ferviente y generoso monasterio. María Susana Piédenuz era un prodigio de austeridad. "Penetrada completa-

1 *Circular* del monasterio de Paray, 23 de Marzo de 1725.
2 Ibid.
3 *Circular* de Paray, 1.º de Octubre de 1743.
4 Idem de ídem 17 de Diciembre de 1717.

mente de la santidad y de la grandeza de Dios, habría querido abismarse ante él hasta el centro de la tierra. Poníase en su presencia como una criminal agobiada bajo el peso de su justicia. Hacía rudas y sangrientas disciplinas, que no quitaban nada al ardor de su amor, amando á aquel divino Salvador con todas las potencias de su alma, y porque no podía amarle tanto como quería, mirábase como una réproba; estado penoso que ha durado hasta la muerte [1]." Catarina Agustina Marest tenía por la penitencia atractivos más poderosos todavía. "Esta hija más admirable que imitable en sus mortificaciones, bebía rarísimas veces vino, no se acercaba casi nunca al fuego, el ardor del amor divino le servía en todo tiempo; vestía en invierno lo mismo que en verano, y no se creía digna de llevar ni aun lo que ya no podía servir á los demás [2]." Dios había dado á María Jacinta Courtin su santo temor y un horror tan vivo al pecado, que huía hasta de la menor apariencia de él, lo que la penetraba de espanto al acercarse á recibir los Sacramentos. Necesitaba de larguísimos espacios de tiempo para prepararse al de la Penitencia, donde, sin embargo, no dejaba de ser muy concisa y clara, á pesar de los grandes escrúpulos sobre los deberes de su oficio que la mortificaban horriblemente; lo cual, unido á su gran abstinencia y mortificación, le causó la tisis que ha sufrido largo tiempo [3]. María Carlota Benoit era más penitente todavía. Su espíritu fuerte y generoso le hizo emprender la perfección de la manera más vigorosa, no haciendo nada á medias, sacrificándose sin re-

1 *Circular* de Paray, del 15 de Marzo de 1703.
2 *Circular* de Paray, de 18 de Abril de 1813.
3 *Circular* de Paray, de 23 Marzo de 1725.